

pronto intervino en favor de la restauración católica en Moravia (1). Los hermanos de Carlos, Maximiliano y Gundakar, volvieron asimismo a la Iglesia católica (2). El vástago de otro antiguo noble linaje, Francisco de Dietrichstein, en otro tiempo el predilecto en Roma de San Felipe Neri, en 1599 fué adornado con la sagrada púrpura y nombrado prelado de la diócesis de Olmütz (3). Dietrichstein fué el alma de todos los esfuerzos católicos en Moravia. A su energía se debió el que el adalid del partido protestante de los estamentos, Carlos de Zierotin, que había impugnado las leyes del país moravo, hubiese de retirarse en 1602 a la vida privada. Qué influencia ejercía Dietrichstein, mostró el hecho de que movió aun a nobles protestantes a dar subsidios para la construcción de la casa de los jesuitas de Brünn (4).

En el Tirol la reforma católica comenzada por el archiduque Fernando y los príncipes obispos de Trento y Brixen hizo grandes progresos durante el pontificado de Clemente VIII. Cuando en 1600 murió el cardenal Madruzzo, que había trabajado arduamente por la elevación de su clero, siguió su sobrino Carlos, que cuidó igualmente de la renovación del clero secular y regular, en lo cual ciertamente prestó más atención a la parte italiana de la diócesis de Trento

de Carlos de Liechtenstein a Clemente VIII de 1.º de noviembre de 1599, en la que asegura: In eodem [sc. gremio matris ecclesiae], omnes licet inferorum portae adversus me fremant, non modo vivam ego, aiutante Deo, constanter ac moriar, verum etiam ut alii, qui mihi vel sanguine vel amore coniuncti sunt, quique iurisdictione ac potestate quantulacunque mea tenentur, vivant, omnibus quibus unquam licuerit modis, quoad inter homines egero, studiose curabo. Sobre Carlos de Liechtenstein cf. Falke, Hist. de la ilustre casa de Liechtenstein, Viena, 1877, 127-242, especialmente 130; Stloukal, 225.

(1) V. el breve de 8 de abril de 1600 en Dudik, II, 177.

(2) V. el \*breve a Maximiliano de Liechtenstein de 22 de enero de 1600, *Archivo Liechtenstein de Viena*. Cf. Falke, II, 245, 270 s. La disertación de Gundakar para justificar su conversión aquí mencionada no se halla en el Archivo Liechtenstein, en cambio hay allí entre los papeles que dejó Gundakar al morir, una disertación titulada \*Motiva para abrazar la religión católica cuiusdam praedicantis conversi ad fidem catholicam.

(3) Stloukal, 114 s., 116 s. Un catálogo de \*documentos del *Archivo familiar de los príncipes Dietrichstein de Nikolsburg*, que se refieren al cardenal Francisco de Dietrichstein, se halla en las Noticias de los archivos para la nueva hist. de Austria, I (Viena, 1907), III s.

(4) Cf. Wolny, Topografía eclesiástica de Moravia, I, 88; Gindely, I, 174 s.; Huber, IV, 358; Schmidlin, 177, nota 3, donde están impresos los breves dirigidos por Clemente VIII a Dietrichstein. V. también Bretholz, La iglesia parroquial de Santiago de Brünn, Brünn, 1901. Un lado oscuro de Dietrichstein: su conato de adquirir los más señoríos posibles, fué conocido en Roma por las relaciones de los nuncios.

que a la alemana. Para Brixen fué una fortuna el que al aseglarado cardenal Andrés de Austria sucediese en 1601 el hasta entonces obispo de Gurk Cristóbal Andrés de Spaur, hombre que poseía todas las cualidades de un reformador católico: conducta verdaderamente sacerdotal, sincera piedad y celo abnegado. No menos importante era el que estuviesen a su lado para ayudarle personas tan hábiles como el obispo auxiliar Simón Feuerstein, el vicario general Otón Agrícola y el canónigo Juan Platzgumer. En manos de estos hombres formados por los jesuitas pudo poner el obispo confiadamente la visita general que mandó practicar en el verano de 1602 en las ciudades y en los pueblos. Los grandes daños en ella descubiertos mostraron cuán necesarias eran las reformas. Spaur coronó su actividad en 1603 con la celebración de un sínodo diocesano, a cuyos decretos junto con las inspecciones episcopales efectuadas después cada dos años hay que agradecer el que los decretos de reforma trientinos se arraigasen fuertemente en el Tirol y sobreviniese un mejoramiento satisfactorio en el clero (1).

En todos estos felices éxitos de la Iglesia en las regiones alemanas Clemente VIII había tenido más o menos parte; donde podía, apoyaba la celosa actividad de sus tres nuncios (2) y repetidas veces intervino también personalmente. Si se pasa la vista por los registros de breves del Papa Aldobrandini, causa admiración el gran número de cartas dirigidas a Alemania que se referían a asuntos puramente eclesiásticos. Eximios convertidos fueron honrados con especiales breves gratulatorios (3). No solamente grandes ciudades, sino tam-

(1) Cf. Hirn, El archiduque Maximiliano, I, 261 s.; Schmidlin, 76 s. Respecto de Spaur v. Sinnacher, VIII, 5 s. y el trabajo especial de Freiseisen en la Hoja de conferencias sacerdotales de Brixen, 1900. En 30 de julio de 1904 Clemente VIII dirigió a Spaur un \*breve laudatorio por causa del sínodo. Arm. 44, t. 56, p. 282<sup>b</sup>, *Archivo secreto pontificio*.

(2) También algunos legados pontificios, que, como en 1596 el cardenal Caetani en su viaje a Polonia, sólo de paso se detenían en el Imperio, aprovechaban la ocasión para trabajar por la restauración católica; cf. la relación cifrada del cardenal Caetani al cardenal Cincio Aldobrandini, fechada en Viena a 29 de mayo de 1596, sobre sus negociaciones con el archiduque Matías y la \*relación del mismo día sobre sus conferencias con el anciano obispo de Passau Urbano de Trennbach, *Archivo secreto pontificio*.

(3) Respecto de Liechtenstein v. arriba, p. 331. En 26 de mayo de 1601 se expidió al barón Altan, que se había convertido, un \*breve especial (Arm. 44, t. 45, n. 188, *Archivo secreto pontificio*). V. también en el n.º 35 del apéndice el hermoso \*breve al duque Cristián de Brunswick-Lüneburgo de 4 de septiembre de 1599, *Archivo secreto pontificio*.

bién pequeñas, y hasta piadosas hermandades recibían breves pontificios con elogios y estímulos, si se acreditaban de fieles y sinceras en la antigua fe (1).

El rechazamiento del protestantismo estaba en el corazón del Papa de igual manera que la reforma del clero católico. Ya en su primer año de reinado dirigió Clemente VIII a los arzobispos de Colonia, Maguncia y Tréveris urgentes requerimientos para que visitasen sus diócesis (2). En la dieta de 1594 por encargo suyo repitió el cardenal Madruzzo estas exhortaciones. Luego después de terminada esta asamblea recibió el nuncio Octavio Frangipani el encargo de instar al elector de Maguncia a practicar a fondo una visita pastoral de su diócesis. En su exhortación a efectuar la visita, dirigida entonces al prelado de Maguncia, escribía Clemente, que la salvación de Alemania dependía principalmente de la reforma del clero (3). En el decurso ulterior de su reinado no se cansó el Papa de instar siempre de nuevo al restablecimiento de la disciplina eclesiástica en las diversas diócesis. Repetidas veces invocó también para ello la ayuda de los príncipes seculares (4). Encargábase a los nuncios, que dedicasen la mayor atención a la manera como desempeñaban su cargo los obispos, y a la provisión de las diócesis vacantes. La instrucción que recibió en 20 de enero de 1604 Esteban Ferreri, sucesor de Felipe Spinelli como nuncio en la corte imperial, menciona en primer término este deber entre las obligaciones que le incumben en el Imperio. Dícese en ella, que Ferreri debía, cuando se ofreciese ocasión, incitar a los obispos bienintencionados a la defensa

(1) V. el \*breve al ayuntamiento de Rottweil, fechado a 23 de junio de 1593, Arm. 44, t. 38, p. 363, *Archivo secreto pontificio*, e *ibid.*, t. 56, p. 281 el \*breve a la hermandad del Santísimo Sacramento de Augsburgo, fechado a 30 de julio de 1604.

(2) V. los \*breves de 21 de noviembre de 1592, Arm. 44, t. 34, p. 15-23<sup>b</sup> y n. 10, *Archivo secreto pontificio*. Cf. arriba, p. 279, nota 3.

(3) \*Viri pii et prudentes existimant et nos verum esse non dubitamus, Germaniae salutem potissimum pendere ex cleri emendatione. Breve de 17 de septiembre de 1594, Arm. 44, t. 39, n. 296, *Archivo secreto pontificio*.

(4) Así escribió Clemente VIII en 27 de abril de 1593 con motivo de la reforma de los cistercienses renanos a los duques de Juliers-Cléveris y Baviera (Arm. 44, t. 34, p. 42, *Archivo secreto pontificio*), en 11 de enero y 3 de abril de 1599 con motivo de la reforma de los monasterios de Suabia al emperador (*ibid.*, t. 43, n. 45 y 208) y en 13 de abril de 1602 con motivo de los concubinarios no solamente a los arzobispos de Colonia y Salzburgo, al administrador de Passau y a los obispos de Augsburgo y Ratisbona, sino también al duque de Baviera (*ibid.*, t. 46, n. 108-112 y 118).

de la religión católica y unirlos cada día más estrechamente con la Santa Sede. Que si un obispado llegase a estar vacante, debía el nuncio instar al cabildo a que eligiese un sucesor apropiado y de sentimientos muy católicos e influir con el emperador, para que éste diese sólo las regalías a los que el Papa había confirmado (1).

Muy considerable es el número de las cartas con las cuales Clemente VIII fomentó y apoyó la actividad sumamente importante de los jesuitas en las regiones alemanas (2). Pero también a las antiguas Órdenes dirigió mucha atención. Ya en el verano de 1593 el excelente abad Pedro Pablo de Benallis de la congregación de Monte Casino fué enviado como visitador apostólico de todos los monasterios alemanes de benedictinos situados a la otra parte de los Alpes (3). Dió comienzo a su actividad en Baviera. Pero el grandioso plan del Papa felizmente empezado, de formar de todos los monasterios una sola congregación y de agregar ésta a la casinense, tropezó con tales obstáculos que no pudo ejecutarse (4). Como por el restablecimiento de la disciplina en los monasterios bohemios, así también se afaná Clemente VIII, lo que muestran numerosos breves, por la reforma de los cistercienses en Austria, en las provincias renanas, en Suecia y Baviera (5). La reforma de

(1) V. Meyer, Relaciones de nunciatura, 105.

(2) Además de Bull., IX, 618 s., X, 151 s. y Duhr, I, 305, 376 s., 382, 395; II, I, 260, 343, 345, 361, 384, 629, cf. los documentos anotados en Synopsis pássim y los siguientes \*breves hasta ahora no conocidos: Arm. 44, t. 36, p. 285: Georgio Popelio (debe apoyar a los jesuitas cerca del emperador), 14 de marzo de 1592; t. 37, p. 285: a los archiduques Ernesto y Matías (elogio por lo que favorecen a los jesuitas), 2 de mayo de 1592; t. 38, p. 74: Ep. Paderborn. (elogio por la donación de una casa a los jesuitas), 5 de octubre de 1592; *ibid.*, p. 96: Archiep. Colon. (por el colegio de jesuitas de Colonia), 17 de abril de 1593; *ibid.*, p. 375: Henr. Ruischembergio (por el colegio de jesuitas de Aquisgrán), 31 de julio de 1593; t. 39, p. 102: al archiduque Fernando (sobre la admisión de los jesuitas en Constanza), 12 de febrero de 1594; *ibid.*, p. 278: Card. Austriae (sobre la fundación de colegios de jesuitas), 9 de sept. de 1594; t. 40, p. 53: Archiep. Pragen., 18 de febrero de 1595; *ibid.*, p. 187: al archiduque Fernando (colegio de Laibach), 23 de junio de 1595 (cf. p. 190); t. 44, n. 366: Archiep. Colon., 28 de oct. de 1600. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. los \*breves de 26 de junio de 1593 dirigidos al archiduque Fernando y a muchos otros príncipes alemanes, Arm. 44, t. 38, p. 365, *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. Estudios de la Orden benedictina, III, 2, 386 s. Cf. Duhr, I, 500. El abad del monasterio de benedictinos de Weingarten fué honrado en 1595 con un \*breve laudatorio por la disciplina de su abadía. Arm. 44, t. 49, p. 37, *Archivo secreto pontificio*.

(5) Cf. los \*breves a los arzobispos de Colonia, Tréveris y Maguncia y al nuncio de Colonia de 27 de abril de 1593, Arm. 44, t. 34, p. 41 s., *Archivo secreto*

los carmelitas (1), de los franciscanos y clarisas fué promovida por disposiciones particulares (2).

Fué de especial satisfacción para Clemente VIII el que durante su pontificado se estableciese en Alemania la Orden de los capuchinos por él muy apreciada, y allí prestase pronto los mayores servicios a la reforma católica. El primer impulso para llamar a los capuchinos a Innsbruck diólo la piadosa Ana Catalina de Mantua, segunda esposa del archiduque Fernando del Tirol, la cual conocía a los capuchinos por haberlos tratado en su ciudad natal. Su deseo encontró al principio la más fuerte resistencia en el capítulo general que se celebró en Roma en junio de 1593, porque se creía que el áspero clima del norte del Tirol no se compadecía con la austeridad de la regla de la Orden. Necesitóse la intervención de Clemente VIII para que el capítulo correspondiese al fin al deseo de los nobles príncipes soberanos. En septiembre de 1593 el provincial de la provincia veneciana, Padre Juan, con cinco capuchinos y un hermano lego se encaminaron por el Brenner a la capital del Tirol. El archiduque asignó a los recién venidos provisionalmente su pequeño palacio de Ruhelust situado en medio del jardín de la corte, y puso personalmente la primera piedra del nuevo convento en el Saggen. Ya el 18 de diciembre de 1594 pudieron bendecirse el convento y la iglesia (3).

La primera casa de los capuchinos en el suelo del Imperio alemán a la otra parte de los Alpes constaba únicamente de italianos. A pesar de esto muy pronto se arraigaron. La misma austeridad con que continuaban su vida ascética comenzada bajo un cielo mucho más benigno aun en la comarca áspera del norte, hacía una poderosa impresión. Su modo de ser sencillo y siempre apacible les abría los

*pontificio.* Ibid., p. 135: Abbati Aulae Regiae (O. Cist.), 18 de febrero de 1594 (poderes para reformar todos los monasterios de su Orden en Bohemia, Austria, etc. según el encargo de su general); t. 42, 113<sup>b</sup>: Abbati monasterii Salensis O. Cist., 6 de junio de 1598; t. 43, n. 268: al emperador, 3 de abril de 1599. A la visita de los cistercienses bávaros se refiere el \*breve al duque Guillermo V de 7 de enero de 1604 (t. 56, p. 141<sup>b</sup>).

(1) Cf. el \*breve a Rodolfo II de 10 de abril de 1602, Arm. 44, t. 46, n. 99, *Archivo secreto pontificio.*

(2) V. el \*breve de 18 de abril de 1603 al gran maestre de la Orden teutónica archiduque Maximiliano respecto de los franciscanos de Innsbruck, Arm. 44, t. 47, n. 92, *Archivo secreto pontificio.* Ibid., t. 45, n. 286 al obispo Spaur de Brixen respecto de las clarisas, con fecha de 28 de julio de 1601.

(3) Cf. el escrito de M. Hetzenauer compuesto según fuentes de los archivos, El convento de capuchinos de Innsbruck, Innsbruck, 1893.

corazones de altos y bajos. Ya en 1596 pudieron vestirse en Innsbruck con el hábito de San Francisco los primeros novicios alemanes (1). En el mismo año el arzobispo Wolf Dietrich de Raitenau llamó los capuchinos a Salzburgo (2). Al principio del siglo XVII a los conventos de Rovereto, Trento y Arco ya existentes en el sur del Tirol se añadió todavía otro en Borgo (3). Por medio del obispo Cristóbal Andrés de Spaur en 1602 llegaron los capuchinos a Brixen; en Bozen ya en 1599 habían comenzado la construcción de un convento (4). Su casa de Innsbruck gozaba en alto grado del favor del sucesor de Fernando, el piadoso archiduque Maximiliano. Éste dotó el convento de una biblioteca y más tarde edificó para sí una ermita contigua al mismo para poder pasar algunas temporadas en el convento y dedicarse a prácticas religiosas (5).

Hacia fines del siglo los capuchinos se habían establecido también en Bohemia (6). Ya en el año 1575 el entonces arzobispo Brus había intentado llamar a los capuchinos a Praga, a fin de apoyar la labor fructuosísima de los jesuitas no hacía mucho introducidos para mejorar la triste situación religiosa. Lo que entonces no tuvo efecto, púsole por obra el arzobispo Berka de Duba en unión con nobles influyentes y con ayuda de Clemente VIII. En el otoño de 1599 juntáronse doce capuchinos en Venecia; desde allí, bajo la dirección de Lorenzo de Brindis, que se había señalado como predicador en muchas ciudades de Italia y también ante el Papa, se enca-

(1) Cf. Eberl, *Historia de la provincia capuchina de Baviera (1593-1902)*, Friburgo, 1902, 6 s., 14.

(2) V. A. Steidl, *Hist. de los capuchinos del arzobispado de Salzburgo*, Salzburgo, 1893.

(3) V. Hirn, *El archiduque Maximiliano*, I, 289.

(4) V. Hohenegger, *Hist. de la provincia capuchina del Tirol*, I, Innsbruck, 1914, 16 s.; Eberl, loco cit., 21 s.

(5) V. Hirn, loco cit., 289 s. Sobre la ermita del archiduque todavía conservada v. Hetzenauer, loco cit., 38 s.

(6) Para lo que sigue cf. Fr. Tischer, *Uvedení rádu Kapuzinu do Cech okolo r. 1600*, en las *Relaciones de sesiones de la Sociedad bohemia de las ciencias*, 1907, n.º 9, Praga, 1908. Sobre Benito de Urbino, llegado con el P. Lorenzo a Alemania, y más tarde beatificado, v. la biografía de Eusebio de Monte Santo, Roma, 1867. Cf. además Rocco da Cesinale, I, 323 s., 327 s., 329 s. y la importante publicación de Ed. da Alençon: *S. Laurentii Brundusini O. M. Cap. de rebus Austriae et Bohemiae commentarium autographum, Romae*, 1910, 5 s. Sobre Lorenzo de Brindis cf. todavía Lor. d'Aosta, *Vita di L. da Br.*, Roma, 1881; *Sulla vita di s. Lorenzo da Brindisi dell'ordine dei Capuccini. Omaggio dell'Ordine nel solenne triduo della sua canonizzazione*, Milano, 1882; F. de Ajofrín, L. da Br., Madrid, 1904.

minaron por el Tirol a Viena. En el viaje estuvieron expuestos muchas veces a befas e irrisiones, a causa de sus pies descalzos, y la particularidad y novedad de su hábito. En Viena hubo de hacerse descanso, pues en Bohemia hacía estragos una enfermedad contagiosa y algunos de ellos habían enfermado a consecuencia de lo desacostumbrado del clima. A ruegos del archiduque Matías, seis se quedaron en la capital de Austria, para fundar allí un convento. Sólo cuatro, entre ellos Lorenzo de Brindis, lo más pronto posible se pusieron en camino para Bohemia. El 13 de noviembre de 1599 llegaron a Praga. Su situación en la ciudad agitada por las sectas fué al principio muy difícil; Lorenzo fué maltratado en la calle y sólo la intervención del nuncio Spinelli librólo de una suerte peor. Todavía más peligroso fué para los recién venidos el haberse convertido en el máximo disfavor la benevolencia que les mostró el emperador al principio. La ya ordenada expulsión fué con todo alejada felizmente por el canciller mayor Lobkovic, y Rodolfo, amante del arte, fué aplacado por el regalo de un cuadro de los tres santos Reyes, que había pintado uno de los capuchinos. Favoreciólos también el haber sido preso el calvinista ayuda de cámara de Rodolfo, Machowski, por malversación y falsificación de la firma imperial. En noviembre de 1603 pudieron bendecirse la iglesia y el convento de los capuchinos en el Hradschin en presencia del archiduque Matías y de una gran muchedumbre. Los capuchinos erigieron allí una hermandad de la Pasión de Cristo, la que más tarde confirmó Paulo V y enriqueció con indulgencias (1). «El número de los católicos, comunicó entonces el nuncio Serra, va en aumento, gracias a Dios; fuera de los jesuitas y Klesl, nombrado obispo de Viena, especialmente los capuchinos recogen abundante mies» (2). Lo mismo se participa desde Viena (3) y desde Graz. En la capital de Estiria Lorenzo de Brindis a su vuelta en 1600 había fundado asimismo una residencia (4).

Como las casas de Praga, Viena y Graz, a las que se había añadido otra en Brünn en 1604, así también el convento fundado en Munich en 1600 por el duque Maximiliano fué el origen de numerosas residencias secundarias (5). En el año 1600 lograron los capu-

(1) V. Bull. Capuc., IV, 177 s., 180.

(2) V. Meyer, Relaciones de nunciatura, 51, 56, 70, 158.

(3) V. *ibid.*, 469.

(4) V. Bull. Capuc., loco cit.

(5) Cf. Eberl, loco cit., 25 s., 39 s.

chinos establecerse en Friburgo de Brisgovia (1), en 1601 fueron a Feldkirch y Augsburgo (2), en 1603 a Constanza (3) y Ensisheim en Alsacia (4). En el año 1605 fué separada la provincia tirolésa-bávara de la veneciana y declarada del todo independiente (5).

En todas estas ciudades desplegó la Orden una labor callada, pero perseverante, para hacer revivir la vida moral y religiosa. Si los jesuitas con su enseñanza, sus sermones y escritos lograron ganar de nuevo para nuestra santa madre la Iglesia principalmente a las clases más elevadas y a las personas cultas, los capuchinos con su pobreza y santa austeridad y su labor enteramente acomodada a las clases inferiores ejercieron en igual dirección un influjo muy extenso en la gran masa del pueblo. Se pedían estos religiosos, como escribía el concejo de Friburgo al cardenal Andrés de Austria, porque «no sólo son celosos, diligentes y consoladores en el ejercicio de los actos del culto, en el predicar y visitar a los enfermos, sino también un vivo ejemplo y modelo para eclesiásticos y seglares, de pobreza y humildad, y también de desprecio de todos los honores y placeres mundanos» (6). «Verdaderamente conmovedora y que recuerda los mejores tiempos de los siglos pasados, refería en 1545 el Dr. Luis van Gennep a un amigo, es la vida y la actividad de los capuchinos, que he podido conocer en Suiza y en el Tirol. Son pobres y humildes y llenos de entrañable amor al prójimo, como Cristo nuestro Señor, su modelo, fué pobre, humilde y todo amor. En sus misiones populares los confesonarios se ven asediados, restitúyense los bienes injustamente poseídos, y se restablece la paz conyugal (7). Así los conventos de poca apariencia de esta Orden, la más pobre

(1) Según los \*documentos del Archivo de la ciudad de Friburgo de Brisgovia, las negociaciones sobre el llamamiento de los capuchinos habían ya comenzado a fines de 1591, pero el asunto no quedó del todo arreglado hasta la primavera de 1600; v. la contraescritura original del P. Fabricio de Lugano, provincialis patr. Capucin. prov. Helvetiae, fechada en Friburgo de Brisg. a 1.º de marzo de 1600. En el Archivo de la ciudad de Friburgo existen también los documentos sobre la construcción del convento.

(2) V. Eberl, 39 s.

(3) V. Boverius, II, 975.

(4) V. Paulus en la Hoja diocesana de Estrasb., suplemento sobre documentos de archivos, n.º 2, p. 32.

(5) V. Eberl, 16.

(6) \*Carta de 24 de diciembre de 1591, Archivo de la ciudad de Friburgo de Brisgovia.

(7) V. Janssen-Pastor, V, 220, 224.

de todas, a la cual Clemente VIII favoreció según sus fuerzas (1), venían a ser una fuente de copiosa bendición.

Al porvenir de la Iglesia católica en el Imperio debían servir los esfuerzos del Papa por regular la sucesión de Rodolfo II, renovados en la segunda mitad del pontificado de Clemente VIII. Por un casamiento del emperador se afanó en el otoño de 1598 (2) y otra vez en enero del año siguiente, pero en vano (3). En planes de este género ya no había que pensar para nada, desde que fué empeorando cada vez más el estado melancólico del desdichado príncipe. La aversión a la elección de un sucesor, que Rodolfo ya cuando estaba sano había mostrado muchas veces bastantemente, aumentóse ahora hasta estallar en ciegas explosiones de ira. En 26 de septiembre de 1600 se puso tan furioso por efecto de los apremios de sus ministros Rumpf y Trautson en el asunto de la sucesión, que los echó de sí al punto, privándolos de sus cargos. En la corte de Praga comenzó ahora el gobierno de camarillas (4).

La despedida de los dos ministros hasta entonces omnipotentes, que hizo patente a todo el mundo la enfermedad de Rodolfo, produjo en Roma, como en todas partes, la mayor impresión. Clemente VIII, que por su nuncio de Praga estaba exactamente informado de la grave enfermedad de nervios del emperador (5), en este cambio de situación tuvo por más urgente que nunca el decidir la cuestión de la sucesión por la elección de un rey de romanos. Lo que de mejor gana sin duda hubiera visto, habría sido la elección del archiduque Fernando de Estiria, a quien había podido conocer y apreciar personalmente, y de cuyo celo católico no cabía la menor duda. En segundo término pensaba en el archiduque Alberto asimismo de muy católicos sentimientos. Pero hasta la elección del archiduque Matías, de cuyo celo religioso y capacidad intelectual se dudaba, hubiera aceptado, para resolver tan importante cuestión (6).

(1) Cf. Bull. Capuc. pássim.

(2) Cf. las \*cartas de 27 de septiembre, 2 y 17 de noviembre de 1598, Arm. 44, t. 42, *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. la \*carta de 9 de enero de 1599, ibid., t. 43, n. 9.

(4) Sobre el enfermizo estado de ánimo de Rodolfo cf. Gindely, I, 44 s.; Turba en el Archivo para la hist. de Austria, LXXXVI, 354 s.; Meyer, Relaciones de nunciatura, LXIII s.

(5) V. Turba, loco cit., 355, nota 5.

(6) V. Stieve en las Disertaciones de la Acad. de Munich, sección hist., XV, 91.

Por temor de que de su intervención pudiesen originarse discordias en la casa de los Habsburgos y complicarse con esto todavía más el negocio, se retrajo el Papa de favorecer a un candidato determinado. Tampoco se le ocultaba cuán difícil sería mover a Rodolfo a tomar una decisión, pues con el desenvolvimiento de su manía de persecución se le había aún aumentado el temor de un destronamiento. En noviembre no había aún llegado Clemente VIII a tomar una firme resolución (1). En diciembre juzgaba, que por más que el emperador se opusiese, se debía intentar conseguir de él la elección de un rey de romanos. Que sin duda lo mejor sería proponer como candidatos a los tres hermanos de Rodolfo y al archiduque Fernando de Estiria, y que luego los mismos príncipes electores hiciesen la elección (2).

De éstos el de Colonia había ido a Praga en mayo de 1601 a invitación de Rodolfo; mas todos sus esfuerzos por adelantar un paso más el asunto de la sucesión, fueron inútiles. Sólo después que hubo salido de la corte, recibió del emperador el encargo de que en su viaje de vuelta consultase a los electores de Maguncia y Tréveris respecto a la reanudación de las negociaciones de 1594. El resultado de las deliberaciones que en vista de ello entabló el elector Ernesto, fué una carta de los tres electores eclesiásticos, de 23 de noviembre de 1601, dirigida al emperador. Declaraban en ella que sentían mucho que en 1594 no se hubiese aprovechado la ocasión para regular la sucesión, pero que a causa de que ahora se harían sospechosos a los estamentos protestantes, recusaban activar este negocio. Que antes bien el impulso debía proceder del emperador, el cual había de considerar si quería llevar a cabo este asunto en una dieta electoral convocada de intento o en la próxima dieta del Imperio (3).

Probablemente está en relación con este paso la carta autógrafa que Clemente VIII dirigió al emperador casi por el mismo tiempo (22 de noviembre de 1601). Conjurábale en ella, que en

(1) \*Suo enim et opportuno tempore quid fieri cupiamus, planius ad te scribemus, se lee en el breve al elector de Tréveris de 11 de noviembre de 1600, Arm. 44, t. 44, n. 382, *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. la \*instrucción autógrafa de Clemente VIII de diciembre de 1600 para el nuncio español, según el libro de copias de las instrucciones para España, Borghese, IV, 162, en Turba, loco cit., 348, nota 2.

(3) V. Stieve, loco cit., 82 s. Cf. también Revista alemana para la ciencia de la historia, VI (1891), 59.